

Su rostro estaba animado por el placer, sus ojos al clavarse en el rostro de Isidoro, brillaban de pasión, por sus labios carmíneos erraba una bella sonrisa de satisfacción y su seno se levantaba por la excitación.

Isidoro, por su parte, estaba completamente simpático. Su rostro algo ajado por el vicio y la continuación del placer, estaba ahora coloreado por la sangre que su corazón latiendo violentamente por la fatiga y el deseo le enviaba: sus ojos cuyo fulgor algo habían apagado las vigilias de sus orgías, despedían sin embargo un brillo particular y lanzaban una mirada ardiente, prolongada, amorosa casi, impregnada de deseos y anhelante placer, al fijarse en la divina Eulalia. Estaba vestido con elegancia de negro con centro blanco y guantes del mismo color.

¡Ay! qué doloroso contraste formaban Eulalia é Isidoro, con Amparo y Roman. Una feliz, alegre, obsequiada, cubierta de oro y adulación. La otra desdichada, llorando huérfana las consecuencias de un crimen que no había cometido sin embargo.

Isidoro, joven, infame y prostituido, que en vez de reparar su falta con su conducta posterior, arrojaba sobre ella una nueva mancha, anhelando unirse con un lazo indisoluble á una joven á quien tal vez abandonaría haciéndola desdichada, luego que satisfecho su ardiente deseo, la luna de miel de la existencia hubiese pasado. Roman, pobre médico del cuerpo y del alma, que se abrazaba en casto y dulce fuego por Amparo, y que al escuchar su dolorida historia había tomado una resolución firme, terrible.

Paralelo exacto que siempre ante los ojos del hombre honrado favorece á la clase media.

D. Febronio, alegre como unas pascuas conversaba en un grupo, de comercio, de haciendas y de otros asuntos mas ó menos impropios en un baile. En otro grupo en que se hablaba de Eulalia, estaban Enrique y Luis, los dos jóvenes calaveras amigos de Isidoro y que hemos visto una vez en la Gran Sociedad, seductor uno de ellos de Elena la hermana de Víctor.

Las damas envidiaban á Eulalia, los hombres á Isidoro.

La música preludió un wals. Las parejas comenzaban á formarse, cuando un joven exclamó:

—¿No sería mejor que la señorita Eulalia tuviese la bondad de cantar alguna pieza?

Esta proposición fué acogida con entusiasmo por todos los tertulianos. Eulalia, sin ruborizarse, á pesar de que todas las miradas estaban fijas en ella, llamó á Isidoro y le preguntó con dulce acento:

—¿No querría vd. acompañarme en el piano, Isidoro?

—Con mucho gusto, Eulalia, se apresuró á responder éste, ofreciendo el brazo á la joven para conducirla al piano. Eulalia se apoyó en él componiéndose el vestido. Isidoro preludió con desembarazo y ejecución. Eulalia comenzó á cantar con un acento tierno, suave y vibrador como si estuviese formado por un concierto de aves, esa ária hermosa de la Casta Diva de Norma, que Enriqueta Sontag ha popularizado en México. La música y el pensamiento de Bellini, estaban perfectamente comprendidos por Eulalia. Las mexicanas tienen disposiciones notables para la música, y si en la capital se estableciese un conservatorio de este arte sublime, en muy poco tiempo se palparían ventajosos resultados.

Cuando la joven hubo concluido, sonaron prolongados y estrepitosos aplausos y fué invitada para tocar otra pieza. Entonces moduló esa música quebrada y trémula como un sollozo del corazón que desgarraron los pesares, ó vaga como un ensueño de la juventud y que Beriot llamó "Reverie." Parece la expresión de un dolor intenso; comienza como un suspiro, continúa como un sollozo, sigue como un gemido, y va muriendo gradualmente hasta semejar una música de otro mundo. Eulalia siguió perfectamente esa graduación. No se escuchaba en aquel salón ni una voz, ni el sonar de un abanico. Parecía que aquella alegre multitud poco antes tan bulliciosa, había contenido hasta su respiración para escuchar mejor. Solo de vez en cuando un murmullo de aprobación interrumpía aquel profundo silencio. Nuevos aplausos resonaron cuando hubo concluido.

La música volvió á preludiar el wals. Eulalia se lanzó con Isidoro al torbellino de parejas.

Era uno de esos wals que Strauss compuso en una noche de fiebre, viendo pasar ante su vista mil imágenes fantásticas im-

pelidas por un torbellino ó una tromba, ú recordando los argumentos de las baladas de Schiller, en que corria el caballo.... y corria la jóven.... y corria el diablo detrás de ella.

Fernando Orozco, dijo que el wals solo se debe bailar con la persona amada, y creemos que tuvo mucha razon ese desgraciado escritor mexicano, que muy bien se puede llamar el poeta de las tertulias y los bailes, segun el retrato perfecto que de ambas cosas hizo en su Guerra de treinta años.

Eulalia se apoyó en los hombros de Isidoro, sus rostros se juntaron hasta tocarse casi, sus alientos se confundieron, los ojos se fijaron en los ojos, sus lábios aspiraron el ambar del amor, sus manos se estrecharon con una suave presion y durante algun tiempo la lánguida embriaguez de su pasion les impidió hablar. En efecto, hay momentos en la vida en que el fuego del corazon convierte las palabras en fluido y las evapora al salir de los lábios.

Entonces se guarda un silencio mas espresivo y mas elocuente que todos los discursos que puede inspirar el talento.

Al cabo de un momento, Isidoro preguntó en voz baja y con dulce acento:

—¿Estás contenta amor mio, Eulalia de mi corazon?

—¿Puedo dejar de ser feliz estando á tu lado, escuchando tu voz, estrechando tu mano con la mia, contemplando tus ojos, respirando tu aliento, adorándote y viviendo como los ángeles? murmuró Eulalia con su músico acento.

—¡Oh! ¡qué felices vamos á ser dentro de pocos dias, unidos para no volvernos á separar mas!

—¡Dios mio! solo de pensar en ello me estremezco de felicidad.

Y entonces los dos jóvenes, medio apagada su voz por los acentos de la música y el estruendo de la fiesta, dejaron desbordar por sus lábios el torrente contenido en su corazon. ¡Felices ellos, que así olvidados, pensando el uno en el otro, arrebatados por el torbellino de la pasion, gozaban con una ventura tan avara para tantos séres!

Derrepente, el vestido de Eulalia se desgarró lijeramente del talle en la precipitacion del wals. La jóven no lo notó, hasta

que la danza hubo concluido. Entonces, apoyada lánguidamente en el brazo de Isidoro, se dirigió al interior de la casa, en uno de cuyos aposentos mas lejanos y mas retirados, se habia colocado una modista que remediase y atendiese á los accidentes de las señoras, tales como el que acababa de pasar á Eulalia. La modista de ésta que era una francesa, no habiendo podido ir, habia mandado á una jóven de su confianza. Solo la esperanza de ganar en una sola noche para aliviar su miseria, lo que solo se hubiera ganado en dos semanas de constante trabajo, podia haber obligado á la jóven á ir, porque su rostro, su traje, sus modales, revelaban desde luego que si la desgracia la habia reducido al miserable estado de costurera, no habia nacido ciertamente en esa clase. Pero ¿quién la conocia en aquella suntuosa morada? ¿Qué importaba pasar por obrera durante algunas horas, si éste era el solo medio de ganar honradamente la subsistencia? Así es, que la jóven, habiendo llegado al anochecer, se habia instalado en el aposento destinado y dejándose caer en un sillón y ocultando la cabeza entre las manos, se habia puesto á meditar. Por otra parte, nadie la habia visto, y hasta aquel lejano aposento de la casa, solo llegaban los ecos vagos y perdidos de la música del salon. Mucho debia haber sufrido aquella pobre jóven con el contraste, los acentos de la lejana música debian llegar produciendo una dolorosa impresion á su alma llena de amargura, porque no se habia movido de su posicion. Al ruido que produjeron en la puerta Eulalia é Isidoro, la jóven levantó la cabeza. Su mirada se fijó en las personas que se acercaban. Derrepente, al ver á la hermosa Eulalia apoyada en el brazo de Isidoro con esa confianza particular que solo da el amor y que cualquiera puede comprender á primera vista, al reconocer á este último radiante de felicidad, la jóven exhaló un quejido triste como el último suspiro de Weber, y al querer pararse de su asiento, se desmayó. Eulalia dió otro grito de espanto y se acercó al cabo de un momento á la jóven, exclamando:

—¡Dios mio! señorita. ¿qué sucede?

La jóven, como si estuviera muerta, no hizo ningun movimiento.

—¡Socorro! ¡socorro! exclamó Eulalia lanzándose á la siguien-

te habitacion para llamar á las criadas, y volviendo á poco con un vaso de agua y un frasquillo con esencias.

Derrepente, Isidoro, en un movimiento de la j6ven desmayada que le permitió ver su rostro, lanzó un grito de sorpresa, como si aquella fisonomía desfigurada por la desgracia y la miseria se hubiese presentado otros dias á su vista con las suaves tintas de la inocencia y la pureza, como si aquel rostro pálido por un dolor hondo é inmenso, se hubiese retratado en su alma como un remordimiento.

Fué tan marcada la emoci6n de Isidoro, que Eulalia volvió lentamente la cabeza hácia él. Pero el j6ven habia tenido tiempo, sin embargo, para recobrar su impassibilidad.

Amparo, á quien el lector habrá conocido, empezó á volver lentamente en sí. Eulalia la dejó entregada á los cuidados de las criadas y se volvió al salon diciendo con sorpresa:

—Pero qué habrá sucedido á esa j6ven?

—¿Quién sabe? respondió Isidoro perfectamente tranquilo.

Esta ha sido la parte dramática del baile. Y se alejó cantando:

“O bell'alma innamorata
Ne congiunga il nume in ciel.”

X.

ROMAN,

La tarde que siguió á las escenas referidas, Isidoro al volver á su casa que era una elegante habitacion de la calle de Santa Clara, fué detenido por su criado que le anunció que hacia una hora le esperaba un j6ven.

—Pero imbécil, ¿para qué le has dejado entrar? dijo Isidoro impacientado por aquella visita importuna que le iba á robar algun tiempo del sueño á que iba á entregarse, para recuperar la desvelada de la noche anterior.

—Le he dicho que su merced no estaba en casa y que tardaria mucho en volver; pero él ha dicho que le esperaria hasta que llegase, respondió el criado.

—¿Es acaso algun amigo mio?

—No recuerdo haberle visto nunca en la casa.

—¿Y dónde está ahora?

—Le he hecho entrar en la antesala.

—Algun importuno que viene á pedirme dinero, murmuró Isidoro dirigiéndose á sus habitaciones que formaban el ala izquierda de la casa que habitaba en union de su madre, que era